

garón de la administración del Clero Regular (Real Cedula, Número 5. Archivo Episcopal).

Mas de medio siglo despues, en el año de 1656, siendo Cura de Ichmul el Br. D. José de Espinosa, acaeció el incendio del templo parroquial, en que salió incombusta la imagen del Crucificado, que por esto desde entónces, comenzó á denominarse de las Ampollas, como ya dejamos referido, y que ocasionó que aquel templo, aunque arruinado, se convirtiese en el más celebrado Santuario del país, atrayendo gran número de peregrinos. Pero esta dicha, solo la gozó aquel pueblo unos tres años, pues en el de 1659 fué trasladada la imagen á la Catedral de Mérida, con gran pena y oposicion de los encomenderos, de los caciques y demás habitantes de Ichmul, que se consideraron por sus pecados, en la más triste orfandad, miseria y abandono, al verse despojados de la milagrosa efigie de su excelso Padre y divino Protector.

En el siglo actual, 188 años más tarde, esto es, en el de 1847, y con motivo de la sublevacion de la raza indígena, pereció el pueblo todo, arruinándose por completo en las llamas de un general y horrible incendio á que fué entregado por el furor salvaje de seis mil indios, el día 24 de Diciembre, á pesar de la prolongada y heroica resistencia que el valeroso Jefe D. Miguel Bolio oponia con los valientes soldados de la humanidad y de la civilizacion, y despues de un sitio más rigoroso de seis días que al fin lograron cerrar completamente los bárbaros, y de que por un prodigio de esfuerzo, logró salir dicho Jefe con toda su tropa, sus heridos y trescientas familias que quedaban, como único resto del que antes fué Ichmul.

De esta célebre aldea no quedan, pues, más que el nombre en la historia, su Crucifijo monumental en Mérida, con el poético antecedente tradicional del *Arbol de luz*; y sus tristes ruinas abandonadas en el lugar que ocupó entre el número de las más florecientes pobla-

Mérida, 1886.

ciones del Sur, blanqueando ¡ay! como la osamenta de un cadáver, esparcida entre la lobreguez de la selva.

Desapareció Ichmul antes que se cumplieran dos centurias de haber sido separado de su suelo el Santo Crucifijo de las Ampollas; y por eso, y por el devotísimo amor que el país entero le profesa á tan portentosa imagen del Redentor del mundo; cuando en los más aciagos días de esa funesta guerra social, que llegó á aproximarse en olas furiosas de fuego y como un torrente devastador hasta las puertas de Mérida y Campeche, las dos más principales ciudades de Yucatan; cuando algunos, viendo que se acababa el ántes poderoso Estado, aun solo con el pánico, emigrando en masa las familias para dejar solamente á nuestro sufrido ejército de diez y seis mil hombres á que en las ciudades desiertas hiciese, como en campo de batalla, el último esfuerzo contra el empuje desolador de aquel combate de exterminio, declarado por incontables millares de salvajes; hablaban ya de la imperiosa necesidad de que el Illmo. Sr. Obispo pasase, juntamente con las Religiosas Concepcionistas, á la ciudad de Habana, para ponerse allí en seguro, y llevándose consigo encajonada la imagen querida del Santísimo Cristo de las Ampollas; ios hombres de Estado, los hombres de Fé, los hombres más reflexivos y pensadores se opusieron con todas sus fuerzas y exclamaron diciendo: "¡Imposible! ¡Imposible! si este paso llegará á darse, Yucatan entero, como la aldea de Ichmul y como tantas otras que han perecido, desaparecería del mapa de los pueblos cultos."—Reanimóse, pues, con esto el espíritu de la fé religiosa y patriótica, vino á tiempo el auxilio de México, á cuya suerte está Yucatan unido, y la Península hubo de salvarse; comenzándose desde entónces á celebrar una Misa diaria en el altar del Santísimo Cristo de Ichmul, ó lo que es lo mismo, de las Ampollas, Arbol de luz y de consuelo, á cuya benéfica sombra ha de prosperar por siempre el pueblo yucateco.

✠ EL OBISPO DE LERO.

EL SUEÑO DE MORELOS.

(INÉDITO).

En pobre estancia que al Oriente daba
De Carácuaro el párroco dormía
Y su ángel sonriendo lo velaba.
Lejos estaba el despertar del día.

De su tranquila y plácida existencia
Risueños cuadros su alma contemplaba:
El niño que sacó de la indigencia,
La pobre jóven que arrancó al pecado
Y el esclavo á sus amos rescatado
Y á quien dió de hombre libre la conciencia.

Se entreabrian sus lábios dulcemente
Como reflejo de un vivir dichoso.
El ángel igualmente
Sonrió complacido
Y lo miraba tierno y amoroso.

Se anima de repente
Del cura el rostro por el Sol tostado;
Latió su corazón apresurado
Y aureola de luz ciñó su frente.
Se vió domando potro poderoso
En medio del fragor de la batalla,
Y escuchaba el silbar de la metralla
Y del clarín el eco belicoso.
Y él á todos los puntos acudia
Sobre el ligero é indomable potro,
Y el enemigo huía,
Voces y hossanas de victoria oía,
Y él era el vencedor y no era otro.

Y de ardor lleno en sus marciales bríos
Desbarataba grandes escuadrones,
Con barcas abordaba los navíos
Y sin armas tomaba los cañones.
El se vió como el génio de la guerra
Que ni una nube en su esplendor empañía
Y á quien el triunfo es dócil y obediente,
"Y á cuya vista enmudeció la tierra
Que ve del Sol la cuna, y la que baña
El mar también vencido de Occidente."

Y á la Fama veía
Sus hechos refiriéndole á la Historia
Que complacida y fiel lo recogía;
Teatro de sus glorias era el día
Y era la noche ensueño de su gloria.

Vió que *Padre del Pueblo* era llamado,
Y vió que era su nombre
Valor, bandera, todo del soldado;
Nombre del triunfo amigo,
Que el dulce amor y el patriotismo inflama
Y que lleva el terror al enemigo.

Y de nuevo otra vez miró á la Fama
Que de sus hechos y su ardor testigo
Bonaparte de América lo aclama.
—"Mis armas"—exclamó.

—"Dadme la lanza,
"Ya me llama el fragor de la pelea
"Donde la gloria con morir se alcanza.

"Arde mi fé, me anima la esperanza ...
"¡Si no soy general soldado sea! (1)
"¡Tengo una Patria!

"Mi alma enardecida
"En verla libre tiene sus anhelos;
"Tengo una patria para mí querida
"Y le daré la vida
"A costa de la vida de Morelos."

Dice y se lanza al campo.
Ve doquiera
En bella confusion"á los soldados
Que se arman con áfan y apresurados
Porque tal vez el enemigo espera.
El detiene su marcha presurosa
Y toma la bandera;
Y dice al ver al águila potente
Y al verla tan altiva y tan hermosa:
"Vencerá con la garra, y poderosa
Vencerá con los ojos igualmente." (2)

Y salta en su corcel y en torno mira
Sus huestes congregadas
Y el entusiasmo al acercarse inspira.
Las pupilas en lágrimas bañadas
Una oracion emocionado dice
Por sus soldados con amor pidiendo
Y el Dios de los ejércitos tremendo
Levantando la mano los bendice.

Y avanza, y sus legiones
Lanzándose en el llano
Deshacen enemigos escuadrones
Como el Sol á las nieblas de verano.
Ginetes y peones
Antes por la victoria bendecidos,
Luchan como héroes, ceden cual vencidos.

Y el brazo no se cansa
Que de los libres el pendón sostiene
Ni su acero descansa,
Y nunca hiere en vano.
Y el héroe acude al llano
Acorre á la montaña, al valle vuela,
"No dá paz á ia mano,
No dá paz á la espuela"
Siempre es el enemigo
De sus victorias el primer testigo.

Mas no le basta el lauro conquistado
Donde la fuerza con la fuerza oprime
Quiere ver venturoso y respetado
Al pueblo que redime.
Y no bastando á su grandeza suma

(1) "Si no me creen útil como general, serviré como soldado."—Palabras de Morelos al diputado Herrera, comisionado del Congreso de Chilpancingo.

(2) *Oculis et unguibus aequa victrix*. Bellísima inscripcion que colocó Morelos en su bandera, debajo del águila mexicana.

Las glorias del soldado,
Quiere cambiar la historia
Dando á su Patria gloria,
Y de legislador toma la pluma.

De constituir su patria admite el peso,
Y en los bosques, y en medio de sus bravos,
Bajo un manglar redime á los esclavos
Y bajo un oyamel reúne al Congreso.

Gozando la esperanza que acaricia,
Vence, cumpliendo al fin sus ideales,
Con leyes, á los buenos y leales,
Con armas á los que odian la justicia.
Y mientras por dequiera lo acompaña
La bendición de todo un continente,
Rije y defiende, pródigo y valiente
El que es únicamente
Asilo de los libres, la montaña.

Todo para su Patria, ese es su anhelo,
Y para él nada ansía.
Al lanzarse á la lucha su alma pía
Se siente dirigida por el cielo,
Y aunque la muerte corte su carrera
Su fé en el triunfo de su causa es mucha.
Vencer es poco para aquel que lucha,
Morir es nada para aquel que espera.

Mira. El vasto horizonte
Es pequeño teatro de su gloria
Y en la cima del monte
El radio va á buscar de la victoria.
Combate y vence como alud bravo,
Ordena como rayo de la guerra
Y ejecuta cual génio soberano;
Así también el anchuroso río
Naciendo en el volcan, riega la sierra
Y vuela á fecundar el ancho llano.
Y escucha de repente

Napoleon en Santa Elena.

Traducción de un Soneto de Gabriel Rossetti.

AL DR. D. MANUEL PEREDO.

(Inédito).

¡Cuál prisionero, oh mar, guardas! Temido
Como dueño del rayo, en fácil guerra,
Dando ó quitando tronos en la tierra,
Turba de imbeles reyes di al olvido.

No, como en ellos, don inmerecido
De Dios, el cetro que mi mano aferra:
A mi genio feliz, que al orbe aterra,
Fué, y de los míos al valor, debido.

Aquí arrojóme Libertad triunfante,
No rayo que forjara el Vaticano,
Nieve rusa, Anglo, Ibero ó rey tremante.

¡Grande me siento aquí! ¡Qué soberano
Tanto esbirro, cual yo, tuvo reinante
Y por cárcel estrecha un océano?

C. DEL COLLÁDO.

Mayo, 1886.

El eco grave del clarin guerrero
Y se contempla en medio de su gente.
Entre ancho magueyal, por un sendero
Las tropas fieles van entusiasmadas
Llevando las banderas desplegadas,
Reflejando el Sol de oro en el acero,
Fingiéndose en tanto de la espada el brillo
Aureola de luz sobre el caudillo.

Al traspasar de un monte la espesura
Mira en una pradera no lejana
Las enemigas huestes, se apresura,
Con la esperanza de vencer se ufana,
Cuando oye que descende de la altura
El compasado són de una campana.
Piensa que aquel sonido
Tiempo há le es conocido;
Se niega á comprender su mente ansiosa,
No puede definir sus sensaciones,
Y amigos y enemigos escuadrones,
Vé al través de una niebla vaporosa.

Y en tanto sigue el mismo són y sigue
El ansia igual, ansia que sufre el cura;
Calmarse no consigue
Y mientras que esforzándose procura
Volver á la conciencia con empeño,
La vigilia confunde con el sueño.

La campana con toques siempre iguales
Lo despierta llamándolo á la Misa
Y á sus dulces quehaceres habituales.
Salta del lecho y vístese de prisa,
Con un signo de cruz la frente sella,
Se dirige á la puerta entre cerrada,
Y de repente se buscó la espada,
Y suspiró mirándose sin ella.

RAMON VALLE.

Setiembre 30 de 1886.

EN UN TEMPLO.

Durante las ceremonias del VIERNES SANTO.

(Inédito).

De nuestras lides largo tiempo ignaro,
Vió el hombre sublimarse la conciencia
Al fecundo calor de esta creencia,
De este culto magnífico al amparo.

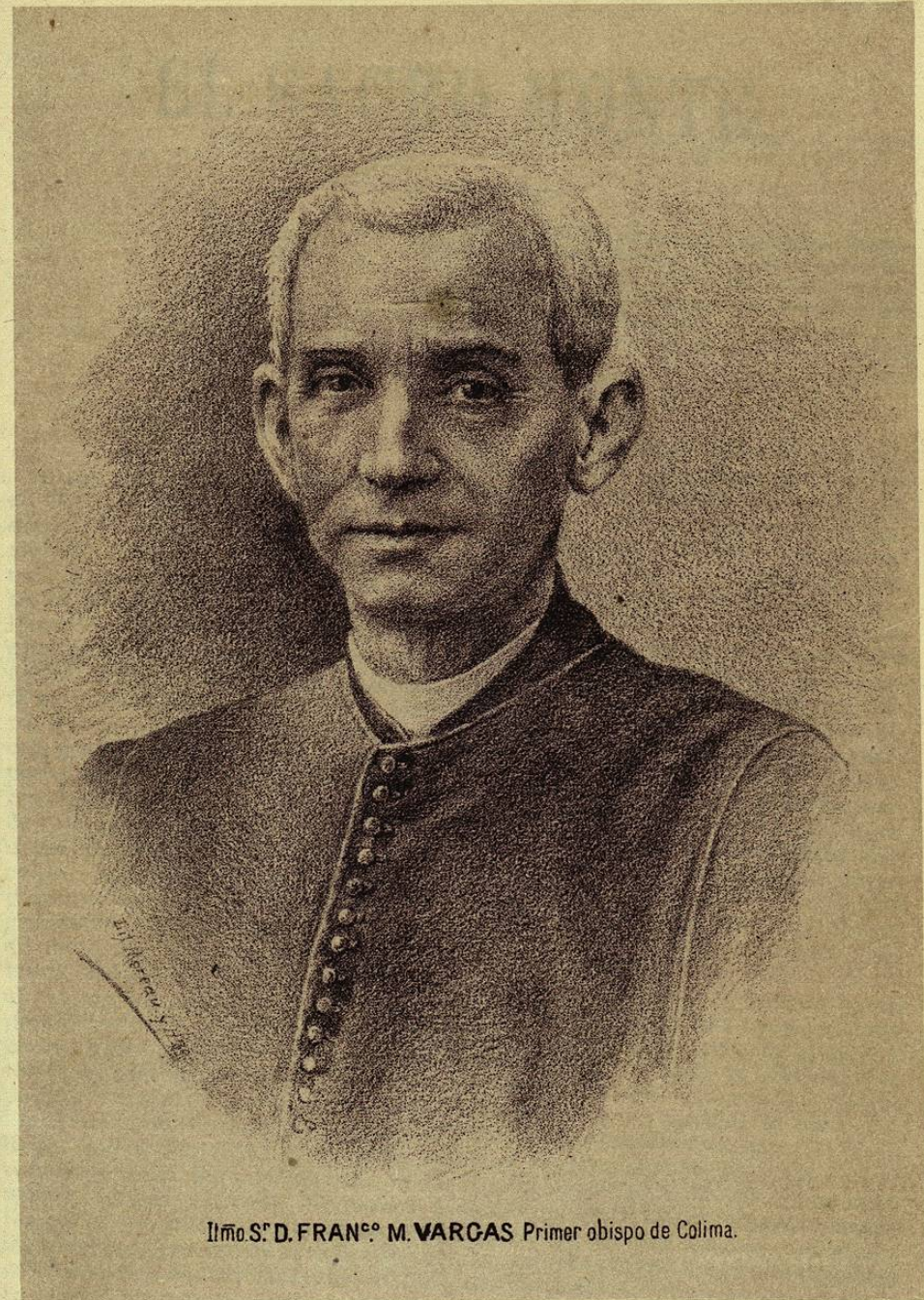
¿Por qué, de un peligroso bien avaro,
Quiso el orgullo de la humana ciencia
Poner en congajosa intermitencia
El resplandor del eminente faro?

«¡Plaza á la libertad! ¡Paso al derecho!»—
La humanidad reivindicarlos supo;
Mas con sangre y rencor mermó el provecho.

Yo agora viendo del Calvario el grupo
Y la duda que roe todo pecho,
La edad maldigo en que nacér me cupo.

C. DEL COLLADO.

Abril, 1874.



Ilmo. Sr. D. FRANCISCO M. VARGAS Primer obispo de Colima.

EL SACRO MONTE.

"El Señor del Sacromonte de Amecameca, Imágen llamada del Santo Entierro; La Gruta en que se halla colocada, el templo que le sirve de continuation, su casa de ejercicios y el lugar en que todo está situado, convidan á contemplacion".

(*Ilmo. Sr. Arzobispo de México Dr. D. Pelagio Antonio de Labastida y Dávalos, Itinerario para una peregrinacion espiritual, segunda decada pág. 28.*)

I.

A catorce leguas de México, hácia el Oriente, con declinacion al Mediodia, en un pequeño valle, quizá el más elevado de la mesa central, tiene asiento, separado de todos los demás montes de su alrededor, el bellissimo cerro llamado *el Sacro-Monte*. Casi de forma piramidal, bien prolongado en altura, revestido de una vegetacion exuberante en que sobresale el cedro y la encina, de cuyos respectivos follajes penden á manera de cabellera encanecida por el tiempo, madejas de heno; el *Sacro-Monte* se ostenta dueño absoluto de toda la comarca, en que sus moradores disfrutan de un clima refrescante, agradable y sano. Observador perpétuo de esos dos majestuosos gigantes del Anáhuac, siempre cubiertos de nieve, el Popocatepetl y el Ixtlaxiuhatl; frente por frente de ellos, ofrece al viajero uno de los más sublimes espectáculos de la creacion. Dan mayor realce á esta perspectiva los sembradores de los campos, donde al mismo tiempo que el invierno seca el maíz y todos los cereales de la estacion de aguas, al trigo, que la feracidad de la tierra es suficiente riego para producirlo, le dá mayor verdor y lozanía. No parece, á juzgar por el modo con que se suceden las siembras, que donde es más riguroso el invierno no hay escarcha, ni hielo, siendo así que en ninguna otra parte del país es más frecuente que aquí el que los montes, campos y pueblos estén cubiertos de nieve. Viene á completar el cuadro, la poética ciudad de Amecameca. Extendida de Norte á Sur en una distancia poco menos de

una legua sobre la falda oriental del *Sacro-Monte*, casi en sentido paralelo, con sus casas cubiertas de tejamanil, teja ó zinc, por la abundancia de lluvias, se asemeja á un vasto campamento donde bajo sus tiendas de campaña se abrigan más de diez mil personas entre hombres, mujeres y niños, la mayor parte de aborígenes, no pocos de los que llaman *de razon* y algunos españoles. La sola presencia de esta poblacion trae á la memoria entre la multitud de recuerdos históricos, la antigua y celeberrima capital de los chalcas, cuando éstos sostenian guerras sangrientas con Moctezuma el viejo; aquella ciudad de la cual dice Cortés, que cuando estuvo en ella con los suyos tres dias, de paso para México, tenia veinte mil casas; la patria de aquel asombro de las letras, Sor Juana Inés de la Cruz, cuyo solo nombre basta para hacerla notable é inmortal. No sin razon el historiador que llega á visitarla, escudriña su origen, progresos y tradiciones, y á falta de documentos originales, busca la narracion de los más ancianos del pueblo; el poeta absorto de tanta grandeza, como ofrecen estos lugares, alcanza las más felices inspiraciones para entonar himnos en honor del Hacedor; el fotógrafo, armado de su cámara oscura, aprovecha los mejores momentos para enriquecer su álbum artístico con estos riquísimos paisajes; y extranjeros ó mexicanos que han recorrido la mayor parte del globo, rendidos ante la evidencia, no han podido menos de confesar que en ningun otro lugar han admirado tanta sublimidad y belleza como en el *Sacro-Monte*.